

CONFERENCIA MAGISTRAL

HISPANOFONÍA Y DIFUSIÓN DE LA CIENCIA. EL DESTINO DE LAS PUBLICACIONES MÉDICAS EN CASTELLANO*

Héctor Pérez-Rincón García**

El proceso de unificación globalizadora de todos conocido y por muchos denunciado, que ha emprendido el imperio en turno en todos los órdenes de la actividad humana, tiene en el campo de las ciencias médicas un peso particular. En este sentido, el título de un reciente congreso de Psiquiatría no pudo ser más revelador: “Un sólo mundo. Una sola lengua”. La fuerza de los hechos ha llevado a que, en el imaginario colectivo, se considere que en nuestros días la ciencia sólo puede expresarse en lengua inglesa y que ésta ocupa –se dice una y otra vez– el sitio que en el pasado correspondió al francés, el alemán, el latín, el árabe y el griego, y que todo lo que tiene un real valor científico debe expresarse necesariamente en ella.

En una sesión de un reciente congreso en Madrid, donde todos los participantes hablaban castellano y se consideró inútil leer las ponencias en inglés y recurrir a la traducción simultánea, el único asistente anglófono se quejó de que en una reunión de carácter internacional se hablaran “lenguas locales”. Sin que tengamos que indagar las causas del incontrovertible peso del inglés en la difusión de la ciencia (ha habido quien se remonta al desdichado hundimiento de la Armada Invencible para explicarlo), hay dos hechos paralelos y complementarios que se deben analizar bajo el título de esta comunicación. Por un lado, la producción científica de los países de lengua española que caen dentro de los ahora llamados eufemísticamente “países emergentes”, y por el otro, la existencia de revistas publicadas en esta lengua que deberían en principio ser el foro natural de la actividad científica nacional.

Empero, la necesidad de ser leídos más allá de las dilatadas fronteras del orbe hispano hablante y la mayor calificación curricular que otorgan las instituciones universitarias y de salud a los artículos publicados en *journals* catalogados por arriba de las publicaciones en otras lenguas, obliga a los autores de estos países a

dirigir sus trabajos más serios y originales a aquéllos. Esto deja para las revistas locales sólo los artículos de menor calidad o bien los que en una primera instancia rechazaron uno o varios *journals*. Se genera entonces un dramático círculo vicioso: Para ser inscritas en los grandes índices bibliométricos internacionales que otorgan la calificación que las clasifica, las revistas científicas y médicas deben demostrar la calidad científica y la originalidad de los artículos que publican y el rigor de sus procesos de selección. Oficialmente, estos índices aseguran que sus juicios son independientes del idioma en que se presentan las publicaciones, pero una revisión de sus catálogos pone muy en duda que así sea. Si las revistas no reciben la mejor producción de los investigadores del país, la calificación internacional será menor y no tendrán entonces el atractivo necesario para que los autores las consideren como una primera opción. De este modo se complica su inclusión en los índices que las catalogan, con lo cual se cierra el círculo.

La anhelante búsqueda de los autores hispanohablantes por ver publicados sus trabajos en los *journals* no se debe sólo a un deseo por alcanzar mayor difusión, sino también al hecho de que la obtención de una mayor puntuación curricular se traduce en una mejoría salarial. Pero este legítimo derecho confronta, a su vez, una situación muchas veces señalada: la discutible equidad de los comités editoriales de las publicaciones internacionales, en los que se observa que prevalecen con frecuencia criterios extracientíficos. La famosa “revisión por pares” parece adoptar en estos casos un inconsciente, por decir lo menos doble rasero. Así, más que el valor intrínseco de los trabajos sometidos a revisión, se toma en cuenta el origen geográfico de los autores. Un grupo de sociólogos hispanoamericanos condujo hace ya más de 15 años un experimento del que no se ha hablado suficientemente: eligieron al azar algunos artículos publicados en diversas revistas cien-

* Discurso de ingreso a la Reial Acadèmia de Medicina de Catalunya. Barcelona, 19 de octubre de 2004.

** Instituto Nacional de Psiquiatría Ramón de la Fuente, y Universidad Nacional Autónoma de México.

tíficas de primer nivel, esto es, del llamado Primer Mundo. Tras sustituir el nombre y la institución de los autores por otros completamente imaginarios de origen tercermundista, los enviaron nuevamente a dichas publicaciones. Todos fueron rechazados. Ningún editor los reconoció siquiera por el título. No los leyeron. Era evidente que los comités sólo habían tomado en cuenta la institución y el país de donde provenían.

Este es un dramático ejemplo de que en el terreno de la actividad científica prevalece una actitud arrogante, altanera y discriminatoria de las metrópolis hacia la producción de los países “en vías de desarrollo” y más aún de aquellos en que la actual coyuntura globalizadora no deja vislumbrar que tal desarrollo tenga lugar algún día.

Otra situación que limita tanto a los autores como a las revistas de estos países es la calificación que hacen de ellos las instituciones universitarias y de salud, las cuales se basan en los criterios del *Citation Index* y en el llamado “índice de impacto”. Queriendo propiciar el desarrollo de la investigación de calidad, adoptan con ello una conducta que a la larga resulta suicida para el desarrollo de una ciencia nacional abocada a resolver problemas locales.

Muchos de los rechazos que enfrentan los trabajos de nuestros autores tienen que ver no sólo con el deficiente inglés en que se escriben (argumento esgrimido muy frecuentemente), con el hecho de que el tema de su investigación trata de las prioridades de una realidad sociopolítica que no interesa al Primer Mundo. Hay aquí otro círculo vicioso: Se citan con más frecuencia los artículos que se ocupan de las líneas de investigación que siguen los grandes centros de los países desarrollados que aquellos que sólo importan a los llamados despectivamente “periféricos”. Además estas menciones pesan más si ocurren en revistas consideradas como de primer nivel. Permítaseme ofrecer un ejemplo tomado del Instituto donde trabajo. Los investigadores del área de neurociencias cuyos temas abordan, entre otros, los canales de calcio o las vacunas contra la adicción a la cocaína publican sin problemas en *journals* muy cotizados y alcanzan cifras apreciables en el *Citation Index*, en tanto que los investigadores del área psicosocial, quienes se ocupan de los niños de la calle, de la salud mental de los migrantes, del problema de la depresión y la drogadicción en mujeres en prisión o de violencia de género, obtienen calificaciones menores porque sus trabajos repercuten más en Sao Paulo, Bogotá y Lima, que en Bethesda, Cambridge o Estocolmo. Lógicamente, los artículos descalificados por este sistema hegemónico son publicados entonces obligatoriamente en revistas que el mismo sistema confina a lugares secundones, ante la

pasividad fatalista de autores, editores y administradores de las políticas científicas.

La encrucijada de los países hispanoparlantes frente a la posibilidad de difundir su actividad científica en revistas especializadas escritas en español o en inglés no se reduce solamente a un problema de estrategia cultural. El español es el tercer idioma más hablado en el orbe desde el punto de vista numérico y el primero en cuanto a la diversidad de países que lo hablan. Algunas instituciones o asociaciones que hacen ciencia en esos países ya han decidido publicar sus revistas en inglés. Así han hecho otras tantas en Italia y Portugal. Otros recuerdan que incluso los afamados *Annales* del Instituto Pasteur se publican desde hace años en esa lengua. (Para este último ejemplo habría que decir que parece ser que su índice de impacto no aumentó ostensiblemente por esto, y que su producción científica era de tal nivel que los investigadores de esos campos se esforzaban por leer en francés a sus autores).

Publicar en inglés implica además entrar a una competencia desventajosa con las grandes empresas editoriales transnacionales que cuentan con enormes plataformas de distribución. Asimismo, muchas veces, en el caso de las publicaciones dirigidas a los clínicos, alejarse de los lectores habituales, locales -con la esperanza a veces fallida de llegar a un público universal que se presupone angloparlante- puede resultar decepcionante tanto para la revista como para sus lectores tradicionales.

En noviembre de 2003 se celebró en Ginebra una reunión auspiciada por la Organización Mundial de la Salud, que tenía el ambicioso título de “La investigación en salud mental en los países en desarrollo: el papel de las revistas científicas”. Ahí se planteó que, a pesar de las enormes necesidades en el área de la salud mental en los países de bajo y mediano ingreso, un porcentaje mínimo de trabajos de investigación provenientes o relativos a ellos aparecía en las revistas más prestigiosas, por lo que la reunión se propuso encontrar vías para resolver esa insatisfactoria situación. Así se habló de mejorar el nivel de la investigación en esos países en que habita 85% de la población mundial, de facilitar el acceso a la información, de elevar los estándares editoriales, de establecer incluso talleres para educar a los editores y los investigadores de esos países menos afortunados, de adoptar un enfoque multilingüe que conduzca a la traducción al inglés de artículos relevantes o incluir resúmenes en otras lenguas. Cabe recordar aquí que la *Revista de Neuro-Psiquiatría*, de Lima, publica desde hace 60 años sus resúmenes en español, inglés, francés y alemán. Como en todas las reuniones de ese tipo, se hicieron proyectos y proposiciones optimistas. Las grandes estructuras editoriales y bibliométricas hegemónicas darán sin duda a

esos proyectos la atención que el Primer Mundo suele acordar a las recomendaciones de las diversas instancias de la Organización de las Naciones Unidas.

Ahora bien, por lo menos en lo que respecta a mi especialidad, una lectura constante y atenta de las principales revistas psiquiátricas en español, francés e italiano contradice palmariamente esa certeza *a priori* que anida en tantos cerebros y permite descubrir que si bien los temas neurocientíficos básicos son preferente y muy adecuadamente transmitidos en lengua inglesa, en las publicaciones que evoco se encuentran un saber, una riqueza conceptual y una finura descriptiva que no siempre se ven en los artículos de los afamados y cotizados *journals*. La lectura de estas publicaciones abre un amplio universo intelectual del que el monolingüismo impide apreciar su valor. Recordemos la frase de nuestro monarca común Don Carlos I: “Soy tantos hombres cuantas lenguas hablo”. La condición políglota que era la regla entre los especialistas de otros tiempos y que lo es todavía en muy pocos sitios, se ha ido perdiendo en aras de la predominancia monolingüe a que me he referido y esto se ha traducido en un empobrecimiento general no sólo del nivel teórico de la especialidad sino también del ejercicio clínico cotidiano. Esa “sola lengua de un solo mundo” del congreso al que me referí al principio puede ser una trampa que conduzca a un nuevo colonialismo. Contra la homogenización forzada se levanta cada vez con más energía la valoración de las diferentes culturas y lenguas. ¡Qué descubrimiento asombroso ha sido para los jóvenes especialistas del imperio la traducción al inglés, publicada por la Asociación Mundial de Psiquiatría, de sendas antologías de textos de autores españoles y franceses! Están por ver la luz las dedicadas a los alemanes y los italianos. El péndulo de la historia podría empezar a moverse hacia el multilingüismo y la revaloración de la tradición cultural de “la vieja Europa” (como gustan decir los políticos yanquis) en el momento en que asoman las señales del principio de la decadencia del imperio. En la Lección Inaugural de la Cátedra que ofreció en el *Collège de France*, Umberto Eco expresó su pronóstico de una Europa políglota,

en que, además del inglés y el francés, sus ciudadanos hablen español, alemán o italiano... y árabe. (El participante del congreso de Madrid que consideró el español como “lengua local” tendría de que preocuparse).

Ante este panorama se puede ver con optimismo la supervivencia de las revistas médicas en español, siempre y cuando su revaloración se acompañe de un aumento del nivel académico (como ha ocurrido con las publicaciones psiquiátricas españolas). Para concluir, recurro nuevamente al ejemplo de mi Instituto. Al cumplir 25 años de publicación ininterrumpida, debimos afrontar presiones para que nuestra revista se fusionara con otras de los demás Institutos Nacionales de Salud, o que se publicara en inglés para alcanzar, se dijo, una mayor y más efectiva difusión internacional. Es decir, disolverse o volverse otra. Optamos en cambio por una serie de modificaciones que a la postre han resultado benéficas. Los autores pueden publicar en español o en inglés con amplios resúmenes en ambas lenguas; se creó un Comité Editorial Internacional de alto nivel que no fuera sólo decorativo; se amplió y diversificó la cartera de árbitros; la dictaminación de los artículos sometidos se hizo más exigente y rigurosa, y se logró que se incluyera en un mayor número de Índices bibliométricos internacionales, lo que permitió convencer a las autoridades burocráticas universitarias y del sector salud a otorgar una calificación mayor a los autores que publican en ella que la concedida cuando lo hacen en otras revistas nacionales o iberoamericanas. El reto de recibir dictámenes puntillosos que los obligaban a presentar el artículo una y otra y otra vez, antes de ser finalmente aceptado, ha convencido a los investigadores de enviar trabajos originales, los que además reciben una cuidadosa revisión de estilo bilingüe. Una recompensa concomitante para los autores es el elevado número de separatas que les son solicitadas *Orbi et Urbi*. Una causa más de optimismo sobre la supervivencia de la revista SALUD MENTAL es que cada día recibe un mayor número de colaboraciones españolas, por lo que se ha convertido en un lazo de unión entre nuestras dos naciones.